

SOBRE LA LENGUA ESPAÑOLA

HE utilizado diversas coyunturas para mantener que tiene la lengua castellana que modificarse hondamente, haciéndose de veras española o hispano-americana, si ha de arraigar a duración en los vastos territorios por que hoy se esparce. Modificarse, y aun alterarse si fuera menester. Al exhortar recientemente a mis paisanos en los primeros Juegos florales de Bilbao, a que se resignen a la inevitable pérdida del vascuence, acatando el progreso, recomendábales que se adueñen del castellano, en su actual hechura no definitivo, y nos apliquemos a enriquecerle y flexibilizarle, sin admitir monopolios casticistas. Menté entonces allí el sobrecastellano, lengua española o hispano-americana, y son varios los que, movidos a curiosidad por esa denominación, me invitan a que despliegue mi pensamiento a este respecto. Tal mi labor en estas páginas, y sentiría defraudar su expectación.

Todavía, aunque quebrantada, manda por ahí demasiado cierta concepción estática del idioma; contéplasele por muchos, en su estado oficial de hoy, sujeto a preceptos reglamentarios, y no en su proceso vital, no en la viva relación de su presente a su pasado, hasta al más remoto, único recurso de comprenderlo y de llegar a sentirlo en su empuje al porvenir. No es raro topar con quien nos asegure que la lengua castellana es rica de tantos o cuantos miles de palabras, y esto cuando ni siquiera disponemos de un buen inventario de ella, tal cual se la habla. Carencia ésta de que se duelen no pocos extranjeros, que al oír un vocablo o al leerlo, echan mano al Diccionario oficial y no lo encuentran allí, y se quejan luego, con razón, de quedarse sin entenderlo, tan sólo, o porque los señores académicos no lo conocen, o porque no se les antoja darle el pase de legitimidad. Más de la mitad de la lengua castellana está enterrada, decía Capmany; enterrada viva, agregó yo. Tengo cosechados centenares de dicciones corrientes en toda esta región salmantina, y que nuestro Diccionario no registra. Mas aparte esto —ya grave incuria—, atestigua una torcida noción de un lenguaje cualquiera el estimarlo constituido por un número dado de voces, ni una más, ni una menos. Equivaldría a vivir del caudal y no

de sus réditos. A una lengua, si ha de vivir vida exuberante, le es forzoso ser, mas bien que rica, fecunda; mejor que la copiosidad en vocablos hechos y provistos ya del marchamo literario, habrá de valerle el rendir un buen rédito de ellos cuando hagan falta.

En cuanto al léxico, domina aún más de lo debido ese prejuicio; pues ¿y en cuanto a lo que se llama gramática? Escritor hay que afirma muy en serio que a los españoles nos hace mucha falta aprender gramática, cuando lo que necesitamos es tener qué decir, y causa en general asombro el que se declare la inutilidad de la gramática para hablar y escribir con corrección y propiedad.

Es, sin embargo, la gramática que se enseña y a que se contraen los que nos la predicán, porque de lo que no se enseña casi nadie habla, una disciplina meramente clasificativa y descriptiva, es algo notariesco o inventarial; redúcese a poner motes, rara vez adecuados, a las formas del lenguaje, llamando, por ejemplo, pluscuamperfecto al *había amado* y a describir en qué casos se la emplea. Suponer que eso sirva para maldita la cosa de provecho, si en ello queda, es como suponer que quien sepa llamar *melolontha vulgaris* al abejorro sanjuanero, sabe de éste más que quien le conozca por nombre popular, o no le co-

nozca por nombre alguno específico. Fuera de esto, no es la gramática más que el último abrigo de la ideología escolástica, con sus enmarañadas y abstrusas definiciones del sustantivo, del adjetivo, del adverbio y demás categorías, no ya del lenguaje mismo, sino de la lógica aristotélica; una casuística más en que se preceptúan aplicaciones que no ha menester encasillarlas quien lea a los que bien escriban u oiga a los que bien hablen. Veamos, por vía de prueba, un hecho, y sea el tan controvertido caso de si ha de decirse *le dijo a ella* o *la dijo*. Los que por la gramática al uso y al abuso le tratan, conténtanse con aducir autoridades en pro de sus respectivos pareceres, sin entrar en el fondo de la cosa, en el estudio del principio de herencia o etimología y el de adaptación o analogía reducidos a este caso especial. Así verían que si *le* es etimológicamente la forma correcta de dativo femenino, lo mismo que del masculino—venida, por un *elle*, y luego *lle* del latino *illi*, dativo de los tres géneros—, *la* es la forma adaptativa o de analogía, y habrían de meterse por aquí en el conocimiento del resorte de esas dos acciones, la etimológica y la analógica, cuyo mutuo juego empuja en su marcha progresiva al lenguaje.

Esta incienca de nuestra habla propia es la que

seduce a muchos a ese infecundo gramaticalismo, que toma al lenguaje cual un *caput mortuum*, como algo mecánico y no dinámico, y es ella también la que fomenta el supersticioso y vano respeto a una casticidad empobrecedora. Oprime al ánimo el considerar la achatadora uniformidad con que se sirven del castellano los más de nuestros escritores; soyúganse al idioma en vez de soyúgárselo; parece que las palabras, giros y modismos hechos les agarran y atan las ideas, en lugar de ser éstas las que cojan y moldeen a aquéllos.

Nótase, además, una bastante abierta disidencia entre nuestra lengua hablada y nuestra lengua escrita, a tal punto, que si por ahí se tomase en fonógrafo o a taquigrafía, conversaciones al natural—y hasta con colecciones de cartas vulgares bastaría—, y sobre esta masa se formulara una gramática, habría de ofrecer ésta no pocas sorpresas, en sintaxis sobre todo, a los que a la otra, a la gramática constituída se atienden, sordos a la lengua viva.

De tan menguada e infecunda comprensión no ha de curarnos más que el estudio real y verdaderamente científico del idioma, y la afirmación, sobre todo, de la libertad en el lenguaje. Caso de meditación es el de que los más alardeadores de ánimo revolucionario y de espíritu indepen-

diente los unzan, a las veces, a la tiranía casticista y se ofendan de toda lesión a la señora gramática los que de continuo faltan al respeto, sin repulgos ni remilgos, a las demás potestades. La anarquía en el lenguaje es la menos de temer, que ya procurarán los hombres entenderse por la cuenta que les tiene, y el que se empeñe en lo contrario, en su pecado llevará la penitencia. Que si los manchesterianos y libre-cambistas proclamaron que todo entrometimiento del Estado en las relaciones económicas es dañino, es en cuestión de lengua donde más pernicioso resulta el proteccionismo y donde el «dejad hacer, dejad pasar» rinde más beneficios.

Menté más arriba la acción de la herencia o etimológica y la de adaptación o analógica, y en esto de la analogía, fuerza renovadora de todo idioma, hay que pararse. De ella brota todo neologismo.

Una escritora que maneja el castellano como cosa propia, escribió cierta vez *docilitar*, sacando este verbo de *dócil* como de *fácil* se saca *facilitar*, y hubo quien se lo reprendió. De *evidencia* hacemos *evidenciar* y *agenciarse* de *agencia*, y malsuena a algunos, no sé por qué, que de *influencia* hagamos *influenciar*. «Es que tenemos ya *influir*»—arguyen—, sin advertir que jamás dos vocablos hacen doble empleo, sino que

producida una dualidad de forma, luego viene la diferenciación de sentido, de manera que *influir* e *influenciar* son cosas tan distintas como puedan serlo *esperar* y *esperanzarse* o *resolver* y *solucionar*. Voces hay en potencia en otras; *recalcitrante* se dice, y no se oye *recalcitrar* y menos *recalcitrancia*, ni de *permeable* sacamos *permear*. Por escribir *rutilancia* le llamaron al orden a un mi amigo. Si digo *avariciosidad* no es lo mismo que *avaricia*, como no será nunca *estrepitosidad* equivalente a *estrépito*. La prensa ha lanzado ya a curso, aunque con harta tacañería, utilísimos vocablos, como «*tangentear* una dificultad», «*solucionar* una crisis», «*influenciar* un asunto», etc. Meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices de ideas.

Agréguese al enriquecimiento por formaciones analógicas el que se consigue con la adopción de vocablos extranjeros. Con la idea o el objeto viene de fuera su nombre, y del inglés *trolley* hacemos *trole*, porque, ¿vamos a llamarle *captador de ruleta* como quiere un señor ingeniero, que no repara en que tampoco *ruleta* es voz castizá? Y los vocablos alienígenas tampoco hacen doble empleo, que un *mitin* no es una reunión cualquiera, ni una *suaré* es un sarao. ¿A qué *sport* si

hemos desenterrado *deporte*? Dejad correr los dos y acabarán por decir cosas diferentes. Del mismo vocablo latino derivan nuestra palabra *cabo* y la francesa *chef*, de que hicimos *jefe*, y ¿no hay diferencia que digamos entre ellas! Lo mismo ocurre con *hechizo* y *fetiché*. (Esta pasó del portugués al francés, y de éste al castellano.)

¿Y es a eso—se me dirá—a lo que se reduce la reformación de la lengua española? Principio quieren las cosas—respondo—; no hay causa chica cuando es continua, que un céntimo a interés compuesto acaba, con el tiempo, por dar millones. Pero no, no se reduce a eso ni a semejante acción reflexiva, sino a aprovechar la natural diferenciación dialéctica.

Derrámase hoy la lengua castellana por muy dilatadas tierras, bajo muy diferentes zonas, entre gentes de muy diversas procedencias y que viven en distintos grados y condiciones de vida social; natural es que en tales circunstancias se diversifique el habla. Y ¿por qué ha de pretender una de esas tierras ser la que dé norma y tono al lenguaje de todas ellas? ¿Con qué derecho se ha de arrogar Castilla o España el cacicato lingüístico? El rápido entrecambio que a la vida moderna distingue impedirá la partición del castellano en distintas lenguas, pues habrán de influirse mu-

tuamente las distintas maneras nacionales, yendo la integración al paso mismo a que la diferenciación dialectal vaya. Un francés, el doctor Abeille, nos salió en la Argentina con eso del idioma nacional, prediciendo la formación allí de un nuevo idioma, predicción que acogieron con regocijo en España misma algunos tan esquinados contra el espíritu castellano como ignorantes del proceso lingüístico, y lo bueno del caso es que los más de los dichos, modismos y peculiaridades del habla popular argentina lo son también de hablas populares de España. Verbenean el *Martín Fierro*, el *Santos Vega* y otras composiciones por el estilo en giros, decires y vocablos que se oye aquí al pueblo, aunque nunca se los vea escritos. Ocurre que semejante caudal de voces fluye soterradamente, como en parte de su curso el Guadiana, y cuando salta en escritos acá o allá, al parecer aisladamente, no hace más que mostrarse a flor de tierra la oculta corriente. El *sós*, por ejemplo, que tan típico de aquellas pampas parece, lo usan por acá.

Mas lo hondo de las diferencias estriba, más que en las voces mismas, en la traza de construir las. Así como así, la manera genuinamente castellana de decir se vierte en una sintaxis que se compadece, por lo común, bastante mal con la vi-

veza y soltura del inquieto pensamiento moderno; es un decir en carreta, cuando va el idear en locomotora. Una construcción sintáctica de garfios, corchetes, lañas y ensambladuras, tan pesada como ese nuestro verso tradicional, tamborileso y machacón, en que ahoga el compás al ritmo, verso más cadencioso que melódico.

La frase ¿por qué no tallarla a otro corte que el reglamentario y como más a filo venga? Esos enchufes y envolvimientos que la hacen tan pesadota, ¿a qué? Camina a marcha castellana, como entre roderas de camino vecinal, hala, hala, siempre adelante, sin esguinces, ni quiebrros, ni arredros, ni saltos, itinerariamente; que pueda el caballero descabezar su siesta al compás de la andadura; nada de marcha suelta y libre, de peón que de paseo se recrea a ratos, bien despierto, con la visión del paisaje que domina. Es una pesadez; la cosa es no tener que fijarse donde se pisa, dejarse cunar y... ¡qué bien suena! Sí, el murmullo arrullador del regato, sobre todo porque no dice nada y adormece. Así ese decir anquilosado, con hinchazones de artritis a las veces, de la sintaxis que pasa por castiza, séalo o no. Séalo o no, porque ¿es realmente tal manera la genuinamente castellana?

Curiosa es la evolución de nuestra sintaxis

desde aquella principalmente de coordinación, narrativa y épica del viejo poema de Mio Cid en que desfilan los sucesos en hilera, uno tras otro, con sus verbos en personal casi siempre, hasta la sintaxis involutiva y oratoria, de subordinación. El pueblo rehuye la construcción indirecta, y para esquivarla se sirve del tan típico *dice digo* o *dije digo*. Asegura un procesalista que los testigos que son veraces cuentan las cosas derechamente, en orden de tiempo, «y fué, y dijo, y se vino y volvió a irse, etc.», mientras las ordenan por gradación jerárquica de sucesos los que mienten.

Si es así, atestiguamos, casi siempre, con mentira los españoles. Y esta sintaxis oratoria, de amplios períodos de subordinación, ¿es genuina y castizamente castellana de la tierra de Pero Mudo? Me parece que no, que viene de más abajo, de tierras de labia y es una de las operaciones que más necesita nuestra lengua, y con ella tantas otras de nuestras cosas, para europeizarse: desmeridionalizarla.

«¡Bueno!—vuelven a interrumpirme aquí—, ¿y esa nueva parla?» ¿Nueva? Nueva no, que nada hay nuevo bajo el sol, renovada... Esa lengua... ¡paciencia!, todo se andará, que ella misma ha de ir haciéndose. «Eso de desaforarse con la lengua, que ha hecho nuestro pensamiento...» ¿Y qué?

¿El pensamiento, a su vez, no ha de plegarse su lengua? Y si yo no pienso en castizo castellano ¿a ley de qué he de aprisionar mi pensamiento en esa camisa de fuerza y no cortarme con ella un traje, quitándole lo que le sobre, añadiéndole lo que le falte y cambiándole lo que sea menester? Pues bueno fuera...

¿Que cómo se hace eso? A la buena de Dios, cada cual como mejor se las componga, salga lo que saliere, cada uno con su cadaunada, y luego... ello dirá. Ello, ello es lo que ha de decir; hay que remachar en esto: ello dirá y no nosotros, ni vosotros, ni los de mas allá; ello y sólo ello dirá. Así como así, será lo que haya de ser, por lo cual ¡viva la libertad!, la libertad, que es la conciencia de la necesidad. Escribe como te dé la real gana, y si dices algo de gusto o de provecho y te lo entienden y con ello no cansas, bien escrito está como esté; pero si no dices cosa que lo valga o aburres, por castizo que se te repunte, escribes muy mal, y no sirve darle vueltas, que es tiempo perdido. Y en cuanto a lo de aburrir, no olvides que más pesada que un galápago es una ardilla dando vueltas en su jaula.

En las lenguas, como en otras manifestaciones humanas, adviértese un fuerte tiro a la polarización; universalizanse más cuanto más se indivi-

dualizan, se integran a medida que se diferencian. El ideal es que hablemos todos los hombres una sola y misma lengua, pero que la hable cada cual a su modo, y el ideal en España que sólo se hable el español, pero empleándolo cada uno a su manera. El instrumento arranca de Castilla, pero ¿ha de ser por eso el castellano quien sepa manejarlo mejor? Y si con el uso se altera, bien alterado está.

Piensa cada hombre dentro del común pensar, pero debe hacerlo por sí, y ha de hablar, en consonancia, dentro del habla común, pero con arte propio. Mas aquí parece que piensan todos lo mismo, de la misma manera y en la misma forma; tan desesperantes son la uniformidad y monotonía. ¿No influirá en este pernicioso fenómeno la lengua? Claro está que un pensamiento individual, poderoso y fuerte, se hará su lengua siempre; pero ¿no cabrá que la lengua constituida ahogue en brote a un pensar que pudo luego ser poderoso?

Lo individual produce el progreso, la sucesión de distintos individuos es su causa motora; un individuo que viviese mil años, acabaría hablando como a los treinta de su edad; la muerte, que hace lugar a la nueva vida, es la condición ineludible de todo progreso; y ¿cómo vamos a progre-

sar lingüísticamente con esa presión de la masa y ese gobierno de los muertos?

¿Y cómo será la lengua que de una vivificación así brote? ¿Lo sé yo acaso? Ello dirá. La cuestión es que no nos acontezca lo que a un amigo mío catalán, que escribió un libro en castellano muy claro y le dijeron que no estaba bien escrito, y él se lo creyó el muy enojado y se acoquinó y volvió a su catalán—para los casticistas catalanes malo—, lamentándose de que jamás podrá dominar el castellano. Debí decirse otra cosa y persistir y luchar. Y en general, aquellos de los catalanes o de mis paisanos vascos que se vuelven a su lengua por no atinar a servirse castizamente del castellano, deben defender su manera de usarlo y trabajar en esta.

Cuando empecé yo a escribir se me reprochaba que eran mis escritos enrevesados y confusos, y mi lengua una especie de monsergueño galimatías. Seguí haciéndome mi habla y me callé, pero era para decirme a solas: «No es que no entiendan tu lenguaje; es que no comprenden a primeras tu pensamiento, y como no tienes aún derecho a que se te relea, te declaran infundioso. ¡Paciencia! que ellos entrarán». Y han entrado, ¡vaya si han entrado! Y seguro estoy de que si muchos de los que han cambiado de parecer respecto

a mi lengua, volviesen a leer mis primeras cosas, confesarían la verdad. No digo que no me haya modificado yo, que al fin y al cabo no soy un beerruco, pero es que he logrado que se me lea con atención. El derecho a la atención es lo que hay que conquistar.

Y otra cosa me sucedió una vez, y fué que un amigo vino a decirme que no acababa de entender cierto artículo que por entonces publiqué. Cojé el artículo, le rogué me advirtiese en cuanto llegara algo oscuro, y empecé a leérselo. Se lo leí entero, y él sin chistar. «¿Y bien?»—le dije al concluir. «Pues hombre—contestó—, no sé en qué consista, porque ahora lo he entendido muy bien.» «Yo sí sé en qué consiste—le repliqué—, y es en que no sabes leer. Porque estás hecho a leer lengua escrita, no más que con los ojos, lengua en que se sustituye el tono, las pausas, los calderones, la modulación, por artificios sintácticos; necesitaríamos algunos entre línea y línea un pentagrama con algo de notación, porque, aunque te sorprenda, yo me dicto lo que escribo.»

No faltará quien diga que quijoteo metiéndome con molinos de viento, y que soy muy dueño de escribir como se me antoje. Desde luego, mas de lo que trato es de despertar antojos ajenos, de animar a otros que se sientan como yo a este res-

pecto y no se atrevan a levantar su voz frente a los casticistas para proclamar, no ya su derecho a hablar y escribir como les cuadre, que tal derecho nadie les disputa, sino a sostener, sin aborregarse, que no acatan las censuras que se les dirige, ni las dan por valederas. Trato de alentar a los jóvenes a que se dejen de cepilleos y barnizados de la superficie del lenguaje y se preocupen de decir cosas de sustancia o de gracia, a que no pierdan el tiempo en si tal o cual voz es o no genuina, y sobre todo a que se metan con el idioma más de lo que algunos lo hacen, y lo descoyuntan y disloquen si es preciso—si es preciso, entiéndase bien—, antes de alterar su pensamiento para que quepa en el lenguaje hecho. Y para hacerlo bien, estudiar científica, no gramaticalmente, el idioma.

Pocos movimientos más fecundos en España que el del krausismo; nos trajo acervo de novedades, y entre ellas vivificó—*aviviguó* habríase dicho en un tiempo—el idioma, colando en él buena porción de vocablos y de giros que hoy todos acojemos. Lo que ayer fué neologismo, será arcaísmo mañana, y viceversa, sentencia Pero Grullo. Lo importante es daros clara cuenta del habla en que encarnamos nuestra ideación, hacérnosla conciente y reflexiva. Porque tal debe ser el in-

tento de quien escriba: convertir el vocablo, mediante reflexión, en algo de que tengamos plena conciencia, sacándolo de ser lo que en el lenguaje hablado y automático es: un mero reflejo. Hay que convertir en reflexión el instinto si se quiere que llegue a ser instintiva la reflexión. Y a tal propósito, nada mejor que examinar el lenguaje de que nos servimos y no otro. Escritor hay, en efecto, que se prepara a su tarea mediante el ejercicio de leerse en alta voz textos de nuestros antiguos y clásicos autores, con lo cual logrará un decir reminiscencial, fofo, sin fuerte sello propio y mortecino siempre. Lo que encaja es someter a revisa nuestra propia lengua, la que hablamos, y preguntarnos a cada paso: ¿por qué así y no de otro modo? A un mi amigo que escribió esta frase tan trillada «recreábase el espíritu con la contemplación de aquella belleza», hube de llamarle la atención hacia la fuerza del sentido en ella de *re-crearse*, volverse a crear el espíritu.

Voy al decir que de un lado ha de estimarse el genuino instinto lingüístico del pueblo: la naturaleza, y de otro lado la ciencia que investiga y analiza el proceso de tal instinto, y que entre estos dos polos, la espontaneidad libre y la reflexión científica, apenas hace más que perturbar toda sana noción ese arte de hablar y escribir co-

rrectamente y con propiedad que ni es naturaleza ni es ciencia. Hay que hacerse la lengua estudiándola a ciencia y conciencia en el pueblo que nos rodea, más que tomándola hecha, y a gramática y arte, en los viejos escritores, reflexionando la que al natural nos brote y no recitando la que otros en sus libros depositaron. La ciencia nos acercará a la naturaleza más aún que el arte. El conocimiento del proceso vital de nuestro idioma castellano y de cómo éste se ha ido constituyendo a partir del latín vulgar, ha de ayudarnos para renovarlo y vivificarlo mucho más que la pesada rumia de los viejos autores consagrados.

He aquí lo que por el pronto y mientras preparo materiales para una más amplia mostración del problema, se me ocurre decir del porvenir de la lengua castellana.

Noviembre de 1901.

LA EDUCACIÓN ¹

¹ Prólogo a la obra de Bunge, del mismo título.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, N. L.